HALUZAH

I.

• • •

Y Dios dijo que fuese la luz, y luego creó de las tinieblas todo lo que podemos ver, tocar, sentir.

Luego Dios creó a Adán, y para él creó a Lilita, mas ella era malvada y reñía con Adán, hasta que un día mordió el fruto prohibido.

Dios se airó y expulsó a Lilit al bosque en los confines del Paraíso.

Luego Dios tomó de la costilla de Adán y sopló en ella e hizo a Eva.

Y vivían Adán y Eva en el paraíso sin aflicciones, sin dolores, cuando la serpiente al ocaso y al alba, en la frontera entre la luz y las tinieblas, venía al último árbol en los confines del Paraíso para hablar y revolcarse con Lilita.

La serpiente, el diablo, Lucifer, en otro tiempo fue el más amado de Dios, el más hermoso, luminoso y sabio de los ángeles, hasta que comió del fruto prohibido.

Y así creyó que podía estar a la par con Dios, mas no hubo más luz para él y lo expulsó a las tinieblas con sus compañeros.

Para no hacerse uno con las tinieblas, los demonios toman la savia y la sangre del soplo y la vida dada por Dios y se alimentan de ella, y así hizo la Serpiente pacto con Lilita.

Pues ella se había vuelto mortal al morder el fruto prohibido y el tiempo pasaba sobre ella y la envejecía.

Y le dijo la Serpiente que abriese la puerta del paraíso y lo llamase adentro, y a cambio la serpiente la mordió y le metió veneno y yació sin sentido.

Así fue la serpiente y tentó a Eva a morder el fruto prohibido, y Eva fue y tentó a Adán, y hechos mortales, el Señor los expulsó a la tierra.

Y el diablo volvió a Lilita y le exprimió del fruto sobre la boca y despertó y partieron a las tinieblas.

Luego el Señor expulsó a Adán y Eva a la Tierra y les dijo: id y multiplicaos. Y ellos y sus descendientes trajeron sacrificio al Señor.

II.

• • •

El Señor vio que en su bondad los mortales de la tierra eran débiles, y en las tinieblas Lucifer y Lilith permanecían solos, pues sus compañeros habían sido tragados por el vacío.

Y habló el Señor con ellos al ocaso y al alba para que llevasen a la tierra y pusiesen huevo y simiente entre los mortales, para que naciese a través de las generaciones el hombre iluminado que gobernaría la tierra.

Y llamó el Señor a Adán y a Eva y les habló:

> *De vuestra sangre saldrá un linaje débil y de su debilidad perecerá. Y he hablado con los de las tinieblas para que vengan a la tierra y se mezclen con vosotros y vuestros descendientes. De la mezcla saldrá el hombre que podrá llevar el peso de la tierra.*
>
> *Por esto pagarán las mujeres con dolor en el parto y los hombres con fatiga hasta la muerte. ¿Aceptáis?*

Aceptaron y se llenó la tierra de hombres y de gigantes y de nefilim, criaturas que no eran ni hombre ni demonio, y vivieron en la tierra hasta que esta se llenó de fruto.

III.

• • •

Los hombres vivían con los gigantes y los nefilim y se multiplicaron y fructificaron, hasta que estos últimos comenzaron a tomar el fruto del hombre y niños demasiado jóvenes.

Y los hombres, para aplacarlos, comenzaron a traerles sacrificio, y Dios se airó.

Entonces Noé oraba por su familia, por los hombres, por protección de gigantes y nefilim, y el Señor se le apareció y le dijo que hiciese el arca.

Noé siguió la palabra del Señor y embarcó en el arca a su linaje y una pareja de cada animal que el Señor le indicó.

Después del diluvio la Tierra fue purificada de las tinieblas por un tiempo.

IV.

• • •

Se multiplicaron los hombres después del diluvio y olvidaron las tinieblas y a los gigantes y comenzaron a edificar.

Y dijeron entre ellos: hagamos una torre hasta el cielo para llegar al Señor.

El Señor se dijo: el hombre es mortal, no puede vivir en los cielos.

Y mezcló el Señor sus lenguas y se dispersaron por la faz de la tierra, y la torre quedó sin terminar.

V. ABRAHAM

• • •

De entre los hombres dispersos por la faz de la tierra, el Señor eligió a Abraham, pues vio en él un hombre capaz de sostener en su mano todo lo que ama.

Y pensó Dios que si este hombre pudiese renunciar a todo y seguirlo en todo, podría hacer su voluntad entre los hombres.

Le habló y le dijo: sal de tu tierra y ve adonde yo te mostraré.

Y partió Abraham sin preguntar.

Le dio el Señor tierra y rebaño y le prometió descendientes innumerables como las estrellas. Mas Sara, su mujer, era estéril y los años pasaban sobre ellos.

Y dijo Sara a Abraham: entra a mi sierva Agar y toma de ella el hijo que yo no puedo darte.

Entró Abraham a Agar y nació Ismael. Y con Ismael nacieron los pueblos del desierto.

Mas el Señor no había olvidado la promesa y en su vejez Sara dio a luz a Isaac. Y por Isaac pasaba toda la alianza.

Y habló el Señor con Abraham y le dijo: ve al monte y sacrifícame al hijo.

Fue Abraham sin preguntar.

Cuando alzó el cuchillo, el Señor le detuvo la mano y le dijo: ahora sé que no sirves a nada sino a mí.

Y esta fue la primera prueba de que del linaje mezclado puede salir un hombre capaz de sostener en su mano todo lo que ama y de poder soltarlo.

VI. SODOMA Y GOMORRA

• • •

Llegaron a los oídos del Señor los clamores de Sodoma y Gomorra, pues los hombres de allí habían caído en el placer por el placer y en el mal por el mal.

Envió el Señor dos ángeles a ver.

Cuando Abraham vio a los ángeles ir hacia Sodoma, corrió al Señor y le dijo: si hay cincuenta justos en la ciudad, ¿los perderás con los malvados?

Y dijo el Señor: si hay cincuenta, los perdono.

Y dijo Abraham: ¿y si son cuarenta?

Y dijo el Señor: si son cuarenta, los perdono.

Bajó Abraham hasta diez y el Señor dijo: si son diez, los perdono.

No eran ni diez.

Salió Lot, sobrino de Abraham, de la ciudad con los suyos, y el Señor envió fuego del cielo.

Y la mujer de Lot miró atrás y se convirtió en estatua de sal.

Ardieron Sodoma y Gomorra y no quedó nada.

Esta fue la prueba de que el hombre sin gigantes, sin nefilim, sin tinieblas, puede merecer el fuego solo por su elección.

VII. MOISÉS

• • •

Se multiplicó el linaje de Abraham en Egipto y quedó esclavo bajo el faraón.

Cuando el faraón vio que los hebreos se multiplicaban, tuvo miedo y ordenó que fuesen muertos todos los primogénitos varones.

Una madre puso a su hijo en una cesta sobre el Nilo y lo dejó a merced del agua.

Lo halló la hija del faraón y lo crió como príncipe en el palacio y lo llamó Moisés.

Creció Moisés y vio a un egipcio golpeando a un hebreo y lo mató y huyó al desierto.

Pastoreaba rebaños y miraba al suelo. Sus manos sabían lo que habían hecho. No hablaba de ello. Ni con el rebaño, ni consigo mismo.

Un día vio una zarza que ardía y no se consumía. Se detuvo. Se puso la mano en los ojos para ver mejor. La zarza ardía. La zarza no se consumía.

Oyó la voz del Señor: quítate las sandalias. El lugar donde estás es santo.

Se quitó las sandalias y estuvo descalzo sobre la piedra y no dijo nada.

Dijo el Señor: he visto el sufrimiento de mi pueblo en Egipto. Ve al faraón y saca al pueblo.

Y dijo Moisés, con los ojos en el suelo: yo no soy hombre de palabra. Envía a otro.

La voz no le respondió con argumentos. No le prometió que sabría hablar o que el faraón lo escucharía.

Dijo el Señor: ve.

Y Moisés se levantó y tomó su vara y fue. Con sus manos manchadas. Con su voz pequeña. Con todo su miedo a la espalda.

Fue al faraón y el faraón no escuchó y el Señor golpeó a Egipto con diez plagas hasta que el faraón dejó ir.

Y salió el pueblo de Egipto y cuando el ejército del faraón los alcanzó en el mar, el Señor separó las aguas y pasaron, y las aguas se cerraron sobre el ejército.

Cuarenta años caminaron por el desierto. Un pueblo que había olvidado lo que era antes de las cadenas no sabía tampoco cómo ser libre, y la libertad tuvo que aprenderla paso a paso en la arena.

Y subió Moisés solo al monte Sinaí y se vació de todo lo que era suyo y estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin comida, en meditación.

Cuando su mente estuvo vacía y su corazón puro, Dios le dio la ley:

1. Yo soy el Señor tu Dios — no tendrás otros dioses fuera de mí.
2. No te harás ídolo ni imagen alguna y no te postrarás ante ellos.
3. No tomarás el nombre del Señor en vano.
4. Acuérdate del día de reposo y santifícalo.
5. Honra a tu padre y a tu madre.
6. No matarás.
7. No cometerás adulterio.
8. No robarás.
9. No darás falso testimonio contra tu prójimo.

10. No codiciarás nada de lo que es de tu prójimo.

VIII. DAVID

• • •

Del linaje de Abraham salió David, un muchacho pequeño con una honda que pastoreaba ovejas.

Vino Goliat, el último de los gigantes, y se plantó ante el ejército y gritó: enviadme un hombre que pelee conmigo.

Fue David con su honda y una piedra y derribó a Goliat, y cayó el último gigante sobre la tierra.

Samuel ungió a David y desde aquel día el Espíritu del Señor estaba sobre él y David sabía de un modo distinto a los demás.

Dios ungió a David rey y le dio victorias sobre los enemigos, tierras del mar a los montes y mujeres en abundancia, pues un hombre capaz de llevar el peso de un reino puede llevar también el peso de más casas.

Un día vio David desde el terrado a Betsabé, mujer de Urías, y la deseó.

Se quedó mirando. Sabía de quién era el nombre en sus labios por la mañana. Sabía dónde estaba su marido en aquel momento. Urías peleaba en las guerras de David, lejos, con lealtad.

Lo supo y mandó por ella.

La llamó y la tomó y envió orden al general: poned a Urías en lo más recio de la batalla y retiraos de junto a él.

El general leyó la carta. Urías no supo nada. Murió con el rostro hacia el enemigo, fiel hasta el final a un rey que lo había vendido.

Se airó el Señor, pues había creído que era hombre de luz.

Cayó David solo en su aposento y se derrumbó ante Dios y no pidió perdón y no se justificó, sino que estuvo allí en silencio y en vergüenza.

No dijo: erré, pero. No dijo: ya sabes cómo son los hombres. Estuvo en lo que había hecho y dejó que el peso le cayera encima entero.

Pues sabía que no existe hombre puro sobre la tierra. Todos llevan huevo y simiente de las tinieblas.

Mas la dirección en que te vuelves después de caer — esa importa.

Dios lo castigó, luego caminó con él adelante.

Y de esta línea salió todo lo que siguió.

IX. SALOMÓN

• • •

Del pecado de David y Betsabé vino al mundo Salomón.

El Señor fue a él en sueños y le dijo: pide lo que quieras y yo te lo daré.

Salomón pidió sabiduría.

Dios le dio la sabiduría, y con ella Salomón obtuvo riquezas, poder, mujeres, todo lo que un hombre pudiese desear.

Salomón construyó el Templo de Jerusalén. Cuando estuvo listo, entró la Gloria del Señor en el templo y los sacerdotes no pudieron mantenerse en pie.

Tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas, pues los reyes de la tierra le enviaban a sus hijas para tener paz con él.

Vio Lucifer desde las tinieblas que Salomón era el más sabio y el más poderoso hombre sobre la tierra y pensó que si pudiese volverlo, todos los que lo seguían se volverían con él.

Y envió a Lilith desde las tinieblas a soplar su espíritu en las bellas mujeres de los países vecinos y las llenó de encanto y de fuego y las envió a Salomón.

Vinieron una a una, y cada una llevaba en sí un poco del espíritu de Lilit, y Salomón las tomó a todas, pues el fuego en él era grande y no se saciaba.

Y lentamente, como el agua que roe la piedra, lo volvieron hacia los ídolos.

Salomón, el hombre más sabio que jamás vivió, no sintió cuándo se volvió. Ni un día, ni un momento de ruptura. La sabiduría seguía

allí — las palabras, las leyes, el libro. Todo era verdad. Mas ya no era suyo. Sabía qué era el bien e iba hacia otra cosa. Eso es algo peor que la necedad.

Y una mañana oraba ante altares extraños y había olvidado el rostro del Señor.

Entonces airó al Señor y dijo: por esto arrancaré el reino de la mano de tu hijo. Y así hizo.

Y se entristeció Dios pues había creído que era hombre de luz.

X. MARÍA Y JOSÉ

• • •

Vio Dios que el hombre se apartaba de la luz y buscó sobre la tierra a la mujer más pura nacida del linaje de los hombres.

Y halló a María, una joven de un pequeño pueblo, llevada al Templo por sus padres desde niña y criada allí como virgen dedicada a Dios.

Cuando llegó a edad de desposarse, los sacerdotes no sabían qué hacer con ella — no podían retenerla en el Templo, mas era tan dedicada a Dios que se oyó en todo el territorio.

Y ordenó el sumo sacerdote que todos los viudos del territorio se reuniesen y les pidió que trajesen cada uno una vara.

Y partió José, carpintero anciano de Nazaret, mas aún en fuerzas, hacia el templo.

En la noche antes de que viniesen los viudos, Dios envió a Gabriel a María y le dijo: llevarás en tu vientre al Hijo de Dios.

Y tembló María y dijo: ¿cómo puede ser esto, si no he conocido varón?

Gabriel dijo: el Espíritu Santo vendrá sobre ti. Lo que nacerá de ti será Santo.

Vinieron al día siguiente los viudos, uno a uno, y sus varas quedaron mudas.

Caía la noche. De la multitud quedaban unos pocos ancianos.

El sacerdote miró y vio a un hombre recio, de cabello blanco, rostro arrugado y mirada dulce, y lo llamó a sí con la vara.

José se levantó con la vara en la mano, la hincó en tierra y dijo: santo sacerdote, yo no soy apto para la joven virgen. He venido al llamado de vuestra santidad como enseñan los libros santos. Mis años y mi condición no le ofrecen porvenir alguno.

Y entonces la vara floreció y de ella salió un Búho Blanco y voló al hombro de la Virgen María.

Entonces se hizo luz y el sumo sacerdote dijo: no has elegido, has sido elegido.

Tomó José a María en su casa y la protegió y no la tocó.

Y María aceptó sin preguntar más.

José vio que estaba encinta y, como hombre justo, tomó treinta monedas de plata para dárselas y partió a dejarla en paz, para no avergonzarla.

Gabriel se apareció a José y le dijo: ¿cómo crees que floreció la vara? ¿De dónde voló el búho?

Estremecido, volvió y cayó de rodillas y comenzó a orar al Señor.

Y así tuvo José a María en su casa hasta que llegó el tiempo de partir a Belén para el censo.

XI. LOS MAGOS Y HERODES

• • •

Y partieron cuando a María le faltaba poco para dar a luz.

Partieron también tres magos de oriente hacia Herodes, para decirle de la grandeza de Cristo, pues habían visto que nacía un rey.

Se turbó Herodes y llamó a los sacerdotes y a los escribas y les preguntó dónde está escrito que nacerá.

Abrieron los libros y leyeron en ellos antiguos como el moho y dijeron a los magos que el camino se les mostraría.

Herodes quedó solo después de que partieron los escribas. Contó sus años. Contó sus hijos. Contó sus ejércitos. Y temió a un niño en pañales más que a cualquier ejército.

Dio a los magos provisiones para el camino y diez monedas de plata por cabeza y puso hombres a seguirles las huellas.

Los condujo el Búho Blanco cerca de Belén. Y aquella noche apareció la estrella.

Y los condujo al niño Jesús, que estaba en los brazos de la virgen, en un establo, entre animales, pues no había lugar para ellos en la ciudad.

Se iluminaron y dieron al niño:

Oro — para un rey.

Incienso — para un dios.

Mirra — para un muerto.

Cuando iban a volver a Herodes, viene el ángel Gabriel y les dice que Herodes traiciona a Cristo.

Los magos siguen al Búho Blanco y escapan de todos los que los perseguían.

El ángel Gabriel dice a José que tome a María con el niño y parta del territorio.

Herodes ve que los magos han desaparecido y ordena que sean muertos los niños de hasta dos años de los judíos.

Herodes muere y Jesús vuelve con María y José a Nazaret.

XII. LA VIDA

• • •

Creció Jesús en Nazaret, hijo de carpintero, y nadie sabía quién era.

Cuando cumplió treinta años, vino a Juan que bautizaba a los hombres en el Jordán y pidió ser bautizado.

Y dijo Juan: yo necesito ser bautizado por ti y ¿tú vienes a mí?

Y dijo Jesús: déjalo por ahora.

Cuando salió del agua, se abrió el cielo y el Búho Blanco descendió sobre él y tronó la voz del Señor: este es mi Hijo amado.

Y partió Jesús al desierto y ayunó y oró y meditó cuarenta días y cuarenta noches, hasta que no quedó nada de él.

Vino Lucifer.

Le dijo: si eres el Hijo de Dios, haz de estas piedras pan.

Y dijo Jesús: no solo de pan vive el hombre.

Y le mostró Lucifer todos los reinos de la tierra y le dijo: tuyos si te postras ante mí.

Y dijo Jesús: vete.

Y se fue Lucifer por un tiempo.

Volvió Jesús y fue al Mar de Galilea.

Y vio a Simón y a Andrés su hermano echando la red al agua.

Les dijo: venid en pos de mí.

Y dejaron la red y vinieron.

Más adelante vio a Jacobo y a Juan en la barca con su padre Zebedeo remendando las redes.

Y los llamó.

Dejaron la barca y a su padre y vinieron.

Así reunió a los doce — de la orilla, del banco de impuestos, del campo — hombres que nadie más habría elegido.

Y los llamó a cada uno por nombre y los envió de dos en dos y les dio poder de sanar y de echar espíritus inmundos.

Sanó enfermos y dio de comer a las multitudes y convirtió el agua en vino en las bodas de Caná, pues su madre se lo pidió.

Y vino Jesús a Betania, a la casa de Lázaro, y comió a su mesa y habló y escuchó.

Estaba allí María hermana de Lázaro, que dejó todos los quehaceres y vino y se sentó a sus pies y no se levantó más.

Se quejó Marta su hermana: dile que me ayude.

Y dijo Jesús: Marta, te preocupas por muchas cosas, mas una sola es necesaria y María ha escogido la buena parte.

Murió Lázaro y Jesús tardó cuatro días, y cuando vino, María cayó a sus pies y lloró.

Lloró también Jesús. El único momento en que lloró.

Y resucitó a Lázaro.

Desde aquel día María no se separó más de él.

Había en la corte de Herodes una mujer llamada Juana, esposa de Cusa, administrador del rey.

Vivía en palacio y en riqueza, y un día oyó de Jesús y vino y fue sanada.

Y dejó el palacio y la riqueza y lo siguió y lo asistía con sus bienes y no pidió nada a cambio.

Cuando pasaba Jesús junto al banco de impuestos, vio a Mateo contando dinero.

Y le dijo: ven en pos de mí.

Se levantó Mateo y vino.

Le hizo un banquete en su casa y vinieron publicanos y pecadores y se escandalizaron los fariseos.

Un día comía Jesús en la mesa de un fariseo y entró en la casa una mujer de la ciudad.

Todos sabían quién era. Nadie dijo nada.

Trajo un frasco de perfume costoso y cayó a sus pies llorando y derramó el perfume sobre ellos y los secó con sus cabellos.

Nadie entendió lo que sucedía allí. Que aquella mujer había vivido por el camino de Lilit — libre, insumisa, de nadie.

Había venido sola. Y había caído sola. Sin que se le pidiese.

Se escandalizó el fariseo en su interior: si fuera verdadero profeta, sabría qué mujer es esta.

Y lo sabía. Por eso la dejó.

Dijo Jesús: a quien se le perdona mucho, ama mucho.

Le dijo: tus pecados son perdonados. Vete en paz.

Y se levantó María Magdalena y no se fue jamás.

La primera en romper con Lilith. Y la última en dejar la cruz.

Y subió al monte y habló:

> Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

> Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.
>
> Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
>
> Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
>
> Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Las multitudes escuchaban, pues hablaba como quien tiene autoridad, no como los escribas.

Entró en Jerusalén sobre un asno y la multitud puso ramos de palma en el camino y gritó: hosanna.

Y aquella misma tarde entró en el Templo y volcó las mesas de los cambistas y dijo: la casa de mi Padre casa de oración se llamará, y vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

Temieron los sacerdotes y comenzaron a buscar cómo matarlo.

XIII. LA CRUCIFIXIÓN

• • •

La última tarde reunió a los doce a la mesa.

Tomó el pan y lo partió y lo dio y dijo: este es mi cuerpo.

Luego tomó la copa y dijo: esta es mi sangre derramada por muchos.

Luego dijo: uno de vosotros me venderá.

Y se miraron unos a otros y no sabían de quién hablaba.

Y dijo Pedro: yo no te dejaré jamás.

Luego dijo Jesús: antes de que el gallo cante tres veces, me negarás.

Salió Judas de la mesa en la noche y fue a los sumos sacerdotes y les dijo: ¿cuánto me dais si os lo entrego?

Contaron treinta monedas de plata.

Tomó Judas las monedas y esperó la hora.

Fueron al huerto de Getsemaní, Jesús con los discípulos, y dijo: quedaos aquí y velad.

Luego fue más adelante solo y cayó con el rostro a tierra y oró: Padre, si es posible, pase de mí esta copa. Mas no como yo quiero, sino como tú quieras.

Y volvió y los halló dormidos.

Una segunda vez. Una tercera vez. Dormían.

Dijo el Señor: dormid. Ha llegado la hora.

Cuando Judas entró en el huerto con soldados y con antorchas.

Se acercó a Jesús y lo besó.

Y lo prendieron.

Entonces huyeron los doce. Todos.

Llevaron a Jesús ante los sumos sacerdotes y estaba Pedro fuera en el patio, junto al fuego.

Donde dijo una criada: también este estaba con él.

Y dijo Pedro: no lo conozco.

Una segunda vez. Una tercera vez. Y cantó el gallo.

Salió Pedro fuera y lloró amargamente.

Cuando Judas vio que Jesús recibía la condena, arrojó las monedas en el templo.

Y dijo: he vendido sangre inocente.

Y se ahorcó.

Recogieron los sacerdotes las monedas del suelo y dijo uno: no es lícito echarlas al tesoro, pues son precio de sangre.

Y dijo otro: ni para los vivos podemos gastarlas.

Se pusieron de acuerdo y compraron con ellas un campo para sepultura de los sin nombre.

Y aquel lugar se llamó el Campo de Sangre.

A Jesús lo llevaron ante Pilato.

Y dijo Pilato: no hallo culpa alguna en este hombre.

Mas las multitudes gritaron: crucifícalo.

Y Pilato se lavó las manos.

Lo tomaron los soldados y lo azotaron.

Y le pusieron un manto rojo y trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza.

Lo golpeaban y decían: te saludamos, rey de los judíos.

Y lo escupían.

Le pusieron la cruz a la espalda y lo llevaron al monte.

Y cayó.

Obligaron a un hombre de la multitud, llamado Simón de Cirene, a llevar la cruz tras él.

Y lo crucificaron entre dos ladrones.

Dijo uno: si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz.

Y dijo el otro: nosotros recibimos lo merecido. Este hombre no ha hecho nada malo.

Y dijo a Jesús: acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.

Dijo Jesús: hoy estarás conmigo en el paraíso.

Se hicieron tinieblas sobre toda la tierra al mediodía y duraron tres horas.

Clamó Jesús a gran voz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Y tembló la tierra y las piedras se partieron y los sepulcros se abrieron.

Luego dijo: consumado es.

Y entregó el espíritu.

Las multitudes se dispersaron.

Y los doce no se veían por ninguna parte.

Quedaron las mujeres.

Y estaban María su madre y María de Betania y Juana y María Magdalena frente a la cruz y lloraban y oraban.

XIV. EL DESCENSO

• • •

Se rasgó el velo del altar.

El velo del templo estaba rasgado en dos de arriba abajo. Las rocas rajadas. Los sepulcros abiertos.

Las santas compraron aromas y contaron las horas.

Los apóstoles no se veían, no se oían, no se sabía de ellos.

Pedro estaba en algún lugar solo y lloraba de vergüenza.

El sábado por la mañana fueron los sumos sacerdotes y los fariseos a Pilato, pues la enseñanza la sabían los enemigos cuando a los discípulos las tinieblas les habían quitado el juicio.

Y dijeron: aquel impostor dijo que después de tres días resucitaría. Danos guardia en el sepulcro.

Pilato dijo: tenéis guardia. Id.

Pusieron el sello de Pilato sobre la piedra y montaron guardia.

• • •

Debajo, en la Tierra, estaban las tinieblas de antes de la creación del mundo.

Allí estaban los demonios, todos los que habían caído desde el principio.

Y estaban los muertos desde Adán en adelante, esperando algo para lo cual no tenían nombre.

Abraham sentía desde hacía siglos. Moisés contaba sin saber qué contaba. David tarareaba en un susurro el salmo que había escrito

mucho tiempo atrás: Alzaos, puertas eternas, y entre el Rey de la gloria.

• • •

Descendió Jesús hacia el abismo y llegó al agua del Sábado.

> Lo vio el barquero y se iluminó y dijo: ¿has venido tú, hijo de dios, a verme?
>
> Dijo Jesús: quiero cruzar el Sábado.
>
> Dijo el barquero: bien. ¿Ofreces oro?
>
> Dijo Jesús: ofrezco gloria.
>
> Dijo el barquero: ¿ofreces incienso?
>
> Dijo Jesús: ofrezco amor.
>
> Dijo el barquero: ¿ofreces mirra?
>
> Dijo Jesús: ofrezco lugar en el reino de los cielos.
>
> Dijo el barquero: ¿quieres ofrecer plata?
>
> Dijo Jesús: ofrezco perdón.
>
> Dijo el barquero: hijo de los dioses, con tu grandeza se vuelca la barca.

Y puso Jesús en su palma oro e incienso y mirra.

El barquero se quedó inmóvil.

Oro debían los reyes. Incienso debían los dioses. Mirra debían los muertos.

Y él era esclavo desde la creación del mundo y jamás había visto a alguien que debiese los tres.

Lo cruzó el barquero en silencio.

Cuando llegó a la otra orilla, dijo Cristo: ¡ha resucitado!

El Padre respondió desde los cielos: ¡Verdaderamente ha resucitado!

Volvió el barquero con la barca a la otra orilla y tras él se hizo un puente sobre el Sábado.

Dejó el remo y subió con los ángeles a los cielos.

• • •

Se puso Jesús de rodillas al borde del abismo y oró y meditó.

En la tierra su corazón estaba parado y su cuerpo frío.

En el abismo su corazón estaba caliente y su mente fría.

Y hacía como pensaba y pensaba como hacía.

El abismo era antiguo. Más antiguo que la luz. Más antiguo que cualquier nombre.

Desde la creación del mundo se había nutrido del soplo de Dios en el hombre, poco a poco, de cada mortal.

Y ahora el Señor estaba ante él.

El calor dejó sus manos primero. Lo sintió. No se movió.

Permaneció en oración mientras el abismo tiraba. El blanco de los ojos se apagó despacio. La voz se hizo más pequeña. Luego solo labios.

Las piedras de la ciudad del abismo reían en un susurro. Los demonios miraban sin moverse.

Habían visto esto — el Abismo había engullido la primera luz que vino a él y todas las que vinieron después. Tenían paciencia.

Si destruía el abismo, los justos de adentro perecían, y los malvados y sin piedad que venían quedaban en las tinieblas de antes de la luz.

Y el Señor no quiso dejarlos en el desierto.

Oraba. Meditaba. Se secaba.

Vino el demonio.

Dijo: míralos. Póstrate ante mí y te hago rey sobre los justos de los abismos.

No dijo nada.

Dijo el demonio: de todos modos te secas aquí. El abismo te engulle, póstrate ante mí y ven a mi reino a tomar el trono.

Permaneció en silencio y en sequedad y en oración.

Esperó el demonio. Y la piedra esperó. Y el abismo esperó.

Y el Señor se levantó y fue a la ciudad.

Y lo llevaron al centro del infierno para mostrarlo como presa.

Y entonces sucedió algo que el abismo no había sabido esperar.

Surgió la luz del centro del abismo y no era luz que arde despacio.

Era el Rey de los cielos y las tinieblas se quebraban.

Era luz que hizo temblar cada clavo, cada piedra, y dijeron los demonios: ¡Cristo ha Resucitado!

Y tomó la llave y encerró a los demonios dentro.

Y los ángeles desde los cielos dijeron: ¡Verdaderamente ha Resucitado!

Y la llave la guardó el Señor.

Cristo reunió a los justos para mostrarles el reino del Paraíso, y gritaban: ¡Cristo ha Resucitado!

Y los malvados y sin piedad gritaron: ¡Verdaderamente ha Resucitado!

• • •

Un hombre abre la puerta y su padre muerto está en el umbral. Lo reconoce. No hablan.

Hace la señal de la cruz y dice: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Gloria a la grandeza del Señor.

Un enterrador caminaba por la calle hacia su casa. Reconoció delante a un hombre que caminaba y miraba las casas. Lo había enterrado tres días antes. Era aquel rostro en la fosa y ahora caminaba por la calle.

Hizo la señal de la cruz y dijo: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Gloria a la grandeza del Señor.

En otra parte de la ciudad una anciana estaba en la puerta de su casa. Por la calle jugaba una niña. Había muerto pequeña. Era su hermana. Conocía aquel andar, conocía aquel rostro.

E hizo la señal de la cruz y dijo: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Gloria a la grandeza del Señor.

Muchos vieron en aquella noche y en aquel día a quienes habían enterrado.

Muchos no dijeron nada a nadie.

Y muchos hablaron y nadie les creyó.

XV. LA RESURRECCIÓN

• • •

Los guardias estaban en el sepulcro con antorchas y con el sello de Pilato sobre la piedra.

Y tembló la tierra.

Descendió un ángel del cielo y vino a la piedra y la volcó y se sentó sobre ella. Su rostro era como el relámpago y sus vestiduras blancas como la nieve.

Cayeron los guardias a tierra como muertos.

Cuando volvieron en sí, el sepulcro estaba vacío.

Se miraron unos a otros. Miraron la piedra volcada. Miraron el sello de Pilato roto.

No habían dormido. No se habían movido. No había venido nadie.

Fueron directamente a los sumos sacerdotes y les contaron todo.

Escucharon los sumos sacerdotes y se aconsejaron y contaron mucho dinero y lo dieron a los guardias y dijeron: decid que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras dormíais.

Y los guardias tomaron el dinero y dijeron lo que se les mandó.

• • •

Al alba del primer día de la semana vino María Magdalena al sepulcro, sola, en la oscuridad, con aromas en la mano.

Vio la piedra volcada.

Dejó los aromas en el suelo y corrió tras Pedro y Juan.

Volvió con Juan. Llegó primero y se detuvo a la entrada. Pedro entró directo.

Las vendas en el suelo. El sudario del rostro enrollado aparte y puesto a un lado.

Se fueron y no sabían qué pensar.

Magdalena quedó sola en el sepulcro y lloraba.

Se inclinó a mirar adentro y vio dos ángeles de blanco sentados donde había estado el cuerpo.

Dijeron los ángeles: mujer, ¿por qué lloras?

Dijo ella: se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.

Se volvió y vio a alguien de pie allí.

Creyó que era el hortelano.

Dijo él: mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Dijo ella: si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo tomaré.

Dijo él: *María.*

Se detuvo.

No porque oyó un nombre. Los hortelanos no dicen tu nombre así. Nadie dice tu nombre así. Como si te hubiese conocido antes de que fueras, como si te hubiese llamado desde algo en lo que te habías perdido. Se detuvo y el conocimiento vino antes que la vista. Se volvió y cayó.

Corrió Magdalena y se lo dijo a las otras. Vinieron María de Betania y Juana.

Y las encontró Jesús en el camino y les dijo: no temáis.

Se maravillaron, lloraron, se postraron y se maravillaron de nuevo.

Y les dijo:

> *Vendrá el hombre con la luz interior que se ve en la noche. Yo os lo muestro. Cuando lo veáis, sabréis que es hombre de mi reino.*
>
> *Pues él y los suyos deben asegurar que el hombre are la tierra.*
>
> *Y mis elegidos con la luz interior ponen simiente para Mi Segunda Resurrección.*
>
> *Y que oigan de Mí, del Padre y del Espíritu Santo.*
>
> *La creación los espera.*

Las mujeres escucharon y comprendieron la tarea que el Señor les había dado.

• • •

Tomás no creía. Ocho días después Jesús apareció de nuevo.

Dijo Jesús: pon tu dedo aquí. Pon tu mano en mi costado.

Tomás cayó: Señor mío y Dios mío.

En el Mar de Galilea pescaron toda la noche y no pescaron nada.

Por la mañana alguien gritó desde la orilla: echad la red a la derecha.

Echaron y no podían sacarla por la multitud de peces.

Juan lo reconoció primero: es el Señor.

Pedro se arrojó al agua.

En la orilla, pescado y pan sobre el fuego.

XVI. LA ASCENSIÓN

• • •

Cuarenta días apareció y comió con ellos y habló del Reino de Dios.

Los llamó a todos al Monte de los Olivos.

Estuvo ante ellos y los miró uno a uno.

Y dijo a los apóstoles:

> *El que se ha perdido vendrá. No lo conoceréis. Estará lejos de vosotros y contra vosotros. Amenazará y matará a quienes me aman. Y a él lo elegiré. Pues lo que el hombre ha estropeado será enderezado y permanecerán el conocimiento y la gracia.*
>
> *Pues en el Reino de los cielos, aquellos a quienes el Señor se muestra y lo reciben en su alma, son bienvenidos.*
>
> *Y tras ellos vendrán otros, pues se han reunido las señoras por voluntad del Rey y ha bendecido su casa.*

No comprendieron.

Alzó las manos y los bendijo.

Y mientras los bendecía, se elevó.

Aparecieron dos ángeles de blanco junto a ellos y dijeron: varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? El mismo Jesús que ha ascendido volverá del mismo modo.

Volvieron a Jerusalén.

Y gritaron: ¡Cristo ha Ascendido!

Y desde el cielo tronó, relampagueó, y luego cantó: ¡Verdaderamente ha Ascendido!

XVII. ABEL

• • •

Saulo de Tarso, llamado también Pablo, ciudadano romano y hebreo de la tribu de Benjamín.

Había crecido bajo Gamaliel, el más grande rabino de su tiempo, conocía la ley mejor que nadie y guardaba la ley más rectamente que nadie.

En la muerte de Esteban — el primer hombre muerto por Cristo — Saulo estaba y guardaba las ropas de quienes lanzaban piedras y miraba y aprobaba.

E iba de casa en casa y arrastraba a los cristianos a la cárcel.

Pidió cartas a los sumos sacerdotes y partió hacia Damasco para arrestarlos también allí.

Por el camino, al mediodía, cayó una luz del cielo más potente que el sol y más potente que cualquier cosa que hubiese visto jamás.

Cayó el romano a tierra.

Los que iban con él oyeron la voz, mas no vieron a nadie.

Y oyó:

> *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*

Dijo con el rostro en tierra: ¿quién eres, Señor?

> *Yo soy Jesús a quien tú persigues. Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.*

Dijo Saulo: Señor, ¿qué quieres que haga?

> *Y dijo el Señor: Levántate y entra en la ciudad. Pues desde ahora te llamas Abel, como el primero que murió sin culpa.*

Entonces corrió agua.

Y lo tomaron y lo llevaron al lecho de sufrimiento.

Tres días no vio. Tres días no comió. Tres días no anduvo.

Y vino el Búho Blanco.

Lo tomó de la nuca y lo llevó ante María.

Le puso las manos sobre los ojos.

Y le dijo: naciste Saulo.

Y le devolvió la vista.

Lo llevó el Búho ante Juana.

Le puso las manos sobre la garganta.

Y le dijo: los romanos te llamaron Pablo.

Y le devolvió la voz y el oído.

Lo llevó ante la Magdalena.

Magdalena le puso las manos sobre las manos y sobre los pies.

Y le dijo: el Señor te ha dicho Abel.

Y le devolvió las manos y los pies.

Corrió agua, ríos en el desierto.

Y dejó Abel todo y partió hacia Damasco.

• • •

A pie, por Asia, por Macedonia, por Grecia, por Roma.

Cinco veces azotado con treinta y nueve golpes.

Tres veces golpeado con varas.

Una vez apedreado y dejado por muerto en el camino.

Tres veces naufragó.

Una noche y un día en alta mar.

Encarcelado en Filipos. En Cesarea. En Roma.

Y desde cada cárcel oró y meditó.

• • •

Y antes de que Nerón le tomase la cabeza dijo:

He peleado la buena batalla.

He acabado la carrera.

He guardado la fe.

Todo me es lícito, mas no todo me conviene.

No me dejaré dominar por nada.

Y el Señor lo sacó de la condena y dejó a Pablo en su lugar.

Calló Pablo cuando cerró los ojos y subió al reino del Señor.

Y de su sangre corrió agua, y sobre el tajo donde le cortaron la cabeza creció una rama con flores.

Quedó Abel puro como el blanco de las mañanas para hacer la obra del Rey.

Para llevar al hombre a la tierra fértil en la orilla del mar sin frío sin invierno.

• • •

Quien tiene la luz se ve en la noche y al más pequeño rayo de estrella.

Quien no tiene luz aun con la luna es uno con la noche.

Abel dijo que hiciesen los soldados para la obra tal como el Señor le había enseñado.

Y dejó el libro del día, el libro de la noche y el libro de la tierra para que salgan a ver, a saber y a comprender los elegidos de Cristo.

Pues vio el Señor que los débiles caen en pecado y los malvados son el pecado en sí, y en el reino del Señor solo a los justos les es prometido el mañana.

XIX.

• • •

E hizo Abel la obra del Señor según las escrituras.

Y los que trabajaron con él están con el alma pura y el corazón ligero.

Pues la luz les llenó el alma y de sus almas y su carne nacieron los rebaños del Señor.

Y algunos carneros tuvieron también la luz.

Y la tierra se llenó de hombres y los hombres la llenaron de ruido.

Sobre el ruido se hicieron tinieblas y de su debilidad comenzaron a perecer.

Y vio Abel y fue a decírselo al Señor.

• • •

> El mudo canta desde el balcón y los que oyen no dicen nada.
>
> Cuando el enemigo entra en la ciudad para derribar Su trono, el que está sentado en el trono envía la caballería sobre los cofres al fin del mundo para engordar la nada.
>
> El oro se hace liviano como el copo en el viento y el pan pesado como las piedras de molino.
>
> Los hombres han olvidado a Dios y sin embargo se postran y se hacen ídolos o se esculpen a sí mismos para adorarse.
>
> La justicia está en el morral de quien la compra.
>
> El hombre olvida para qué recibió las manos del Señor.
>
> Los niños crecen sin saber lo que son.

La tierra grita de cansancio y nadie la oye.

Y si ves que se anudan y se roen una, todas o muchas, sabe, Abel, que vienen los jinetes.

• • •

El blanco con el arco te asaetea si huyes hacia el Señor.

El rojo con la espada para mojar la tierra con la sangre del hombre.

El negro con la balanza para espantar el vientre y las fauces tras los hijos del hombre.

El pálido que camina con el infierno a la espalda y toma de los hombres sin suerte y sin cuenta.

Y el hombre con la luz interior toma a los justos y van a combatir, y el Señor les da poder y la espada se hace cada vez más cortante y las flechas cada vez más agudas.

Y cuando los elegidos salen con los justos a la luz, vengo y los bendigo, pues de ellos quedó la Tierra de Mí por los siglos de los siglos.